

Introducción

Daniel J. Fleming, James F. Keenan, SJ, y Hans Zollner, SJ

En la primavera de 2019, James Keenan era profesor invitado en su alma mater, la Universidad Gregoriana de Roma. Después de varias reuniones con su amigo y compañero jesuita Hans Zollner y sus colaboradores en el entonces Centro para la Protección de los Menores, ambos decidieron que dicho Centro y la red internacional Ética Teológica Católica en la Iglesia Mundial (CTEWC, siglas en inglés) organizarían en la Universidad Gregoriana un «laboratorio teológico», llamado «Hacer teología frente al abuso sexual».

Lo denominamos laboratorio porque preveíamos un proyecto de estrecha colaboración entre ochenta teólogos y teólogas especialistas en diversas disciplinas, provenientes de distintos lugares y con diversas perspectivas. Se definieron cinco grupos de investigación y el 15 de julio de 2019 enviamos cartas invitando a una reunión que debía tener lugar del 11 al 14 de marzo de 2020.

Para preparar la reunión, el australiano Daniel Fleming propuso copresidir con Keenan una de las recién inauguradas «mesas virtuales» de la CTEWC, dedicada al tema de la teología y el abuso sexual. Después de la conferencia internacional en Sarajevo en 2018, la CTEWC comenzó a organizar dichas «mesas»: eran reuniones mensuales de teólogos y teólogas de todo el mundo que abordaban colectivamente un desafío ético determinado durante noventa minutos. Fleming hizo su propuesta en noviembre, y en diciembre de 2019 se celebró la primera mesa virtual, compuesta por ocho miembros que asistirían al Laboratorio en Roma. Invitamos a tres de estos miembros a lanzar breves «provocaciones», a fin de poner en marcha el debate antes de nuestra reunión presencial.

Entonces llegó el COVID. El 5 de marzo de 2020 el gobierno italiano cerró todas las universidades y aplazamos nuestra reunión hasta enero del

año siguiente. Sin embargo, el 15 de octubre de 2020 reconocimos que el COVID nos afectaría más de lo previsto. Volvimos a posponer la reunión hasta finales de 2021 y decidimos invitar a otros teólogos y teólogas a unirse al grupo de la mesa virtual.

La mesa virtual continuó ampliándose hasta contar con dieciséis miembros y, con Fleming y Keenan como copresidentes, siguió reuniéndose hasta la actualidad. A finales de abril de 2021, nos dimos cuenta de que planificar una reunión presencial estaba retrasando nuestro proyecto y que, de hecho, en diversos foros, sobre todo en la mesa virtual, los especialistas ya se estaban conectando y llevando a cabo lo que el laboratorio esperaba conseguir: hacer teología ante los abusos sexuales. Realizamos una convocatoria de artículos entre los miembros iniciales de los grupos de investigación, los miembros de la mesa virtual y otras partes interesadas. Ahora Vds. tienen en sus manos el fruto de este proyecto.

Hay una cierta urgencia respecto a este volumen, que no suele reflejarse en las obras de teología o ética teológica. La magnitud del atropello a la dignidad humana a través de los abusos sexuales que se han producido en el seno de la Iglesia plantea preguntas a los estudiosos que trabajan en estas disciplinas: ¿hasta qué punto hemos permanecido ciegos ante estos problemas? ¿Por qué nuestros esfuerzos en teología y ética teológica han sido tan lentos a la hora de encarar esta crisis? ¿Qué implicación tienen la teología y la ética teológica en la crisis? ¿Y cómo podrían responder de forma constructiva estas disciplinas? En este volumen, un amplio abanico de especialistas de todo el mundo se enfrenta a estas y otras cuestiones.

En el capítulo uno, Michelle Becka escribe desde Alemania «Abuso sexual en la Iglesia y violación de la “agencia vulnerable”». Becka traslada el discurso en torno a la vulnerabilidad en la ética teológica al contexto de la crisis de los abusos, defendiendo que el principal problema moral de la violencia sexual es que viola esta agencia vulnerable. A continuación, Becka explora las implicaciones de este planteamiento en las culturas de la seguridad, que, según ella, deberían abordar concepciones más matizadas del poder con el fin de proteger la agencia vulnerable.

En el capítulo dos, Carolina Montero Orphanopoulos, de Chile,

también se centra en la vulnerabilidad en su artículo «Vulnerabilidad, abuso eclesial y “adultos vulnerables”». Montero Orphanopoulos introduce una definición transdisciplinaria de vulnerabilidad y, a partir de ella, lanza su mirada crítica sobre la categoría de «adultos vulnerables», que a menudo se utiliza dentro de la Iglesia y en las ciencias de la salud y el derecho para describir a potenciales sujetos de abuso. Aunque admite la importancia de reconocer a los adultos víctimas de abusos, Montero Orphanopoulos demuestra cuán problemático es utilizar la categoría de vulnerabilidad en este contexto, ya sea porque proporciona incorrectamente una justificación para el abuso en el caso de una persona en particular, ya sea porque la vulnerabilidad es una característica compartida por todos.

En el capítulo tres, Dawn Eden Goldstein, de Estados Unidos, escribe sobre «La teología del fracaso según John Navone, SJ, y su importancia para la espiritualidad del papa Francisco a la luz de la misión pastoral de la Iglesia en favor de las víctimas/supervivientes de abusos». Centrándose en la espiritualidad del sufrimiento según el papa Francisco, Goldstein encuentra una fuente de inspiración clave de este cuerpo de pensamiento en la teología del sufrimiento de John Navone, SJ, en particular la que se expresa en su obra de 1984 *Triumph through Failure: A Theology of the Cross*. El artículo trata estos temas y ofrece reflexiones sobre cómo los entes responsables de la pastoral en la Iglesia pueden informar y guiar a quienes viven con las heridas espirituales causadas por el abuso sexual.

En el capítulo cuatro, Ronaldo Zacharias, de Brasil, presenta su estudio «Escándalos sexuales en la Iglesia católica: la urgencia de construir una nueva cultura formativa». Tras destacar la importancia de la reforma en el contexto de la formación del clero, los religiosos, los seminaristas y las autoridades eclesíásticas, Zacharias llama la atención sobre los elementos que faltan en los actuales procesos de formación y aboga por su inclusión. En concreto, propone un enfoque más amplio de la formación que incluya la salud sexual y la integración de la sexualidad en el proyecto de vida. En su opinión, esto es esencial para desarrollar una cultura que evite los abusos en la Iglesia.

En el capítulo cinco, Stephanie Ann Puen, de Filipinas, reflexiona sobre

«El pensamiento de diseño en las estructuras organizativas de la Iglesia católica: respuesta al problema retorcido de la crisis de los abusos sexuales». Basándose en estudios sobre organización y liderazgo, Puen introduce la metodología del pensamiento de diseño y el concepto de «problemas retorcidos»—ambos ayudan a las grandes organizaciones a abordar problemas complejos y a gestionar cambios—,y los aplica a la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia. Puen sostiene que considerar la crisis de los abusos como un «problema retorcido» favorece un análisis adecuado de sus causas profundas y del carácter intrínsecamente desafiante de la respuesta. Se abre así la posibilidad de utilizar el pensamiento de diseño para generar respuestas que realmente fomenten la transparencia y la responsabilidad en las estructuras de la Iglesia, sin las consabidas carencias de las respuestas fallidas que tantas veces hemos visto.

En el capítulo seis, Idara Otu escribe desde Nigeria su artículo «La protección de la infancia en la Iglesia como familia de Dios». Partiendo de la eclesiología de la familia de Dios—elemento fundamental de la identidad y la misión de algunas Iglesias de África—Otu propone una teología de la responsabilidad para el catolicismo africano, en la que insta a las Iglesias de África a reconocer los lamentos desatendidos de quienes han sufrido abusos en el seno de la Iglesia y a actuar como guardianas y protectoras de los menores. Esto proporciona una plataforma desde la que Otu efectúa un análisis crítico de las estrategias adoptadas por determinadas Iglesias africanas, incluyendo sus principales obstáculos, y ofrece una visión del papel crucial de la Iglesia africana en la protección de la infancia.

En el capítulo siete, Štefan Novotný, de Eslovaquia, presenta su contribución «¿Poder frente a ministerio? Desafíos recientes para la formación sacerdotal en respuesta a la doble crisis de la Iglesia católica». Novotný plantea una reflexión teológica que busca un paradigma para pasar del poder al ministerio en la Iglesia. Basándose en la escena joánica de la crucifixión y sepultura de Jesús (Jn. 19), Novotný sostiene que José de Arimatea y Nicodemo son ejemplos interesantes de cómo se pasa del poder al ministerio; dichos ejemplos pueden ser útiles para la educación y formación de los futuros sacerdotes. Al sugerir que tal paradigma incluya

aptitudes como la presencia, la escucha, la generosidad, el servicio y la cooperación, Novotný hace referencia a varias comisiones nacionales de investigación sobre la crisis de los abusos que ponen de relieve un cambio de paradigma similar para la futura formación de los sacerdotes. A continuación, ilustra cómo podría aplicarse este paradigma mediante la evaluación de la idoneidad de los candidatos a la formación.

En el capítulo ocho, Marcus Mescher, de Estados Unidos, escribe sobre «El abuso sexual clerical como daño moral: hacer frente a una Iglesia herida e hiriente». Mescher introduce el concepto de daño moral—ampliamente utilizado en la literatura sobre la salud y la autodefensa—para ayudar a comprender los efectos del daño profundo y sistémico causado por el abuso sexual cometido por el clero y su encubrimiento. Mescher destaca las características del daño moral que son propias de esta herida en el contexto de la autoimagen, la percepción y el razonamiento moral, la capacidad de actuar libremente, las relaciones y la credibilidad institucional, antes de analizar el fenómeno en el marco de la comunidad eclesial. A partir de esto último, Mescher introduce el fenómeno de la conciencia—conocer juntos—que, según él, debería proceder de un modo que priorice las experiencias de los supervivientes de abusos sexuales clericales. Tal planteamiento proporciona una base sobre la cual Mescher es capaz de introducir varias estrategias para curar las heridas espirituales y morales que perduran en la Iglesia de hoy.

En el capítulo nueve, Rocío Figueroa y David Tombs, de Nueva Zelanda, reflexionan sobre «¿Obedecer el plan de Dios? El abuso espiritual de las religiosas». Su capítulo sintetiza los resultados de la investigación sobre el maltrato sistémico sufrido por seis exreligiosas que pertenecían a la comunidad Siervas del Plan de Dios en Perú, Chile, Colombia y Ecuador. Figueroa y Tombs sostienen que la categoría de «abuso espiritual» describe adecuadamente la experiencia de estas religiosas. Aunque el abuso sexual no formó parte de su experiencia, Figueroa y Tombs sugieren que las ideas recogidas a través de este estudio relativas al fenómeno del abuso espiritual son relevantes ya que, cuando el abuso sexual tiene lugar dentro de una institución religiosa, es muy común que el abuso espiritual sea un

factor facilitador. Su contribución recomienda, por lo tanto, ahondar en la comprensión del abuso espiritual a la hora de analizar la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia.

En el capítulo diez, Anthonia Bolanle Ojo, de Nigeria, expone su artículo titulado «Sexualmente violados: una respuesta teológica moral a los derechos del niño». Bolanle comienza abordando el abuso sexual como violación de los derechos del niño, con consecuencias tanto para los propios niños como para la comunidad en su conjunto. Plantea el principio teológico de la dignidad de la persona humana como una limitación del dominio que una persona puede tener sobre otra y, basándose en varios casos estudiados en el contexto nigeriano, defiende que este principio puede afianzar el lugar crucial de la Iglesia a la hora de hablar con fuerza y convicción sobre los derechos del niño y sobre la necesidad de políticas de protección infantil.

En el capítulo once, Daniel Bogner, de Suiza, reflexiona sobre «“Caminar juntos”: ¿una Iglesia sinodal mejora el respeto por la persona humana?». Ante la popularidad actual de la sinodalidad como respuesta a la crisis de los abusos, Bogner se pregunta si el concepto es suficiente. Señalando que la «sinodalidad» es un instrumento de la mentalidad sociofilosófica de la Antigüedad y que a menudo se entiende como una forma imprecisa que incluye diferentes voces, Bogner sostiene que la sinodalidad de hoy debe incorporar elementos de la tradición constitucional de la democracia y el estado de derecho si quiere desempeñar un papel constructivo en la respuesta a la crisis de los abusos, así como impedir nuevos abusos y su encubrimiento.

En el capítulo doce, Tina Beattie, del Reino Unido, ofrece su contribución «¿(De)formaciones teológicas? La crisis de los abusos sexuales en el contexto de la eclesiología nupcial y la teología del sacerdocio». El artículo de Beattie comienza con una investigación sobre el fenómeno del clericalismo entre los sacerdotes más jóvenes y, partiendo de esta base, pasa a considerar las formas en que la teología nupcial de Hans Urs von Balthasar y la Teología del Cuerpo del papa Juan Pablo II se entrelazan con este fenómeno a través de un énfasis exagerado en la

diferencia sexual anatómica. Beattie hace hincapié en las analogías sexuales sumamente problemáticas utilizadas tanto por Balthasar como por algunos defensores de la Teología del Cuerpo, vinculándolas a la dinámica disfuncional del poder clerical masculino que se ha puesto de manifiesto a través de la crisis de los abusos. La autora aboga por una transformación urgente de la simbología de género en la teología católica, con el fin de sentar las bases de una eclesiología verdaderamente vivificante y positiva.

En el capítulo trece, el polaco Konrad Glombik contribuye al volumen con un artículo titulado «Entre poner en descrédito e informar de forma fidedigna: sobre el papel de los medios de comunicación en respuesta a la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia católica polaca». Glombik se centra en el delicado papel de los medios de comunicación en el contexto de la crisis de los abusos en la Iglesia polaca: por un lado, los medios desempeñaron un rol primordial detectando los abusos y sacándolos a la luz; por otro, emitieron juicios acríticos y perjudicaron la investigación justa de los abusos. A partir de ahí, Glombik invita a considerar los retos de la reflexión teológica y propone una forma de entender la responsabilidad y el papel de los medios de comunicación en este ámbito tan difícil.

En el capítulo catorce, Kate Jackson-Meyer, de Estados Unidos, escribe sobre «Una comisión de la verdad y la reconciliación frente al abuso clerical». Basándose en el funcionamiento de las comisiones de la verdad y la reconciliación en el ámbito político, Jackson-Meyer sostiene que, en el contexto de la crisis de los abusos, un instrumento como este podría ser apropiado y promovido a través de compromisos teológicos con la verdad, la justicia y el perdón. Una comisión de este tipo ofrecería una vía de sanación ya que daría prioridad a las necesidades e historias de los supervivientes y crearía una cultura de asunción de responsabilidades a través de un proceso íntegro. Jackson-Meyer analiza cómo funcionaría una comisión de esta índole en la Iglesia (en contraposición a los contextos políticos específicos en los que a menudo han operado otras comisiones) y ofrece varias sugerencias prácticas para su creación.

En el capítulo quince, el alemán Werner G. Jeanrond presenta su artículo «Abuso, encubrimiento y necesidad de una reforma de la Iglesia y

la teología». Jeanrond aboga por una reflexión renovada sobre la praxis cristiana del amor, que sitúe en el centro de la preocupación teológica a las víctimas y supervivientes de abusos en el seno de la Iglesia. Jeanrond analiza cómo este planteamiento se contradice con varios elementos de la teología y la práctica de la Iglesia. Al situar la praxis cristiana del amor en el centro, Jeanrond también considera sus implicaciones en la división entre laicos y clérigos.

En el capítulo dieciséis, Massimo Faggioli escribe desde Estados Unidos sobre «La necesidad del enfoque historiográfico para comprender y abordar la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia católica». Faggioli analiza dos puntos de vista dominantes que han caracterizado y perfilado nuestra forma de comprender la crisis de los abusos en la Iglesia. El primero es el planteamiento dominante del periodismo de investigación y el segundo, el de los tribunales. A diferencia de estos, él postula la importancia de un enfoque historiográfico que pretende entender la crisis de los abusos como un fenómeno histórico complejo. Sostiene que dicho enfoque puede facilitar una comprensión más profunda de las raíces de los abusos, su encubrimiento y la incapacidad de responder adecuadamente a ellos.

En el capítulo diecisiete, Richard Lennan, de Estados Unidos, contribuye con el artículo «La eclesiología y el reto del fracaso eclesiológico». Lennan pone el acento en la necesidad de una comprensión sacramental de la Iglesia para permitir la reflexión autocrítica, apoyar la reforma y alimentar la esperanza en la capacidad de la Iglesia para dar testimonio de la misericordia de Dios, incluso tras la crisis. Según Lennan, esta es la forma en que la eclesiología puede responder constructivamente a la crisis de los abusos, a la contradicción inherente entre el escándalo de los abusos y su encubrimiento, y a la «opción misionera» que promueve el papa Francisco. Lennan considera que formar una comunidad cristiana para el discipulado en el mundo es una tarea fundamental para la credibilidad de la eclesiología en la actualidad.

En el capítulo dieciocho, Gill Goulding, de Canadá, escribe sobre la «Interconexión: el hilo que permite una respuesta teológica y sinodal al

abuso». La contribución de Goulding toma como punto de partida la mitología griega y el hilo que Ariadna da a Teseo para que pueda encontrar la salida del laberinto. La autora sostiene que el concepto de interconexión es un hilo de esta índole en el contexto de la crisis de los abusos: permite encontrar cierta congruencia entre una serie de cuestiones y abre la posibilidad de una respuesta teológica. El artículo de Goulding fundamenta dicha respuesta en el claro mandato de Cristo de prestar atención al niño y a su propia identidad como niño en relación con el Padre, suscitando reflexiones sobre la autoridad en cuanto servicio y la importancia del niño en cuanto sujeto y maestro.

En el capítulo diecinueve, el austríaco Nikolaus Wandinger presenta su artículo «¿Puede ayudar el purgatorio? Reflexiones desde la teología dramática en el contexto de la crisis de los abusos». Wandinger comienza con observaciones sobre las limitaciones de los sistemas existentes de justicia legal y de las teologías pastorales contemporáneas que enfatizan la misericordia y el perdón de Dios ante la experiencia de los supervivientes. Observando que en estos contextos los supervivientes nunca pueden tener la seguridad de que se haga justicia en respuesta a los abusos cometidos contra ellos, Wandinger recurre a la teología dramática para proponer una interpretación del juicio final que se inspira en la idea del purgatorio. Sostiene que, si el juicio final se entiende de una manera particular, se puede albergar la esperanza de que se haga justicia sin sacrificar al mismo tiempo la esperanza en la misericordia y el perdón de Dios, junto a la posibilidad de una salvación universal.

En el capítulo veinte, Neil Ormerod escribe desde Australia sobre «Misión, reforma y sufrimiento: el desafío de la crisis causada por los abusos sexuales en la Iglesia». Su artículo explora la naturaleza de la misión de la Iglesia y su relación con la misión de Jesús, defendiendo que tal análisis puede descubrir formas de perversión de esa misión, como se ha visto en la crisis de los abusos. Ormerod propone tres dimensiones de una posible reforma de la Iglesia. Sobre esta base, el autor considera el lugar que ocupa el sufrimiento en el camino hacia la reforma actual.

En el capítulo veintiuno, Claudia Leal, de Chile, ofrece su contribución

«Abuso sexual en un contexto eclesial y perspectiva de género: desafíos para una gestión ética del poder». Leal se interesa específicamente por la situación de las mujeres dentro de la Iglesia, profundizando en el análisis de los abusos desde una perspectiva de género. Desde la perspectiva de la teología moral, propone varias categorías para entender el abuso de poder dentro de la Iglesia: vulnerabilidad posicional, vulnerabilidad personal, consentimiento y ética profesional. Leal muestra las implicaciones de estas categorías mediante casos concretos del contexto latinoamericano, destacando su importancia para comprender y responder a la crisis de los abusos.

Y, por último, en el capítulo veintidós, Nuala Kenny, de Canadá, escribe sobre «Abuso sexual clerical, teología basada en el trauma y promoción de la resiliencia». Partiendo de la consideración del daño abrumador—incluido el trauma espiritual—causado por el abuso de menores por parte del clero, Kenny examina los factores sistémicos que generan una condición de posibilidad para dicho daño. Volviendo su atención al trabajo actual sobre la vulnerabilidad como condición de la vida moral, Kenny sostiene que las respuestas al abuso dentro de la Iglesia deben estar fundamentadas en el trauma y buscar la promoción de la integridad moral de los niños y su resiliencia. Sugiere un camino a seguir a través de una teología de la infancia, centrada en el discipulado.

Felicitemos a los autores y autoras por aportar sus conocimientos en este tema tan difícil. Hacer teología y ética teológica frente al abuso sexual es un trabajo doloroso, pero crucial. Presentamos este volumen con la esperanza de que ofrezca una respuesta constructiva y crítica a la ofensa contra la dignidad humana que supone el abuso sexual en la Iglesia. Es nuestro deseo que la labor realizada ayude a garantizar la dignidad humana en el futuro.



Daniel J. Fleming es director de Ética en St. Vincent's Health Australia y profesor adjunto de Ética en la Facultad de Medicina de la Universidad de Notre Dame Australia. Fleming es doctor en Filosofía Moral y Teología y

autor de más de cincuenta publicaciones académicas y mediáticas sobre ética teológica, ética de la atención sanitaria y educación moral. Es miembro activo de la red Ética Teológica Católica en la Iglesia Mundial (CTEWC) y copreside la mesa virtual de la CTEWC sobre el tema de los abusos en la Iglesia junto con James F. Keenan, SJ.

James F. Keenan, SJ, es titular de la cátedra Canisius, director del Instituto Jesuita y vicerrector de cooperación global en el Boston College. Además de ser un distinguido académico, con más de veinticinco libros y trescientos artículos publicados, es fundador de la red CTEWC. Su libro más reciente es *A History of Catholic Theological Ethics* (Paulist, 2022). Licenciado y doctorado por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, Keenan es sacerdote jesuita desde 1982.

Hans Zollner, SJ, es director y profesor del Instituto de Antropología y estudios interdisciplinarios sobre la dignidad humana y el cuidado de las personas vulnerables (IADC), en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Fue miembro de la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores desde su creación en 2014 hasta 2013.